

**En honor a
Amaru Villanueva Rance
(La Paz, 1985 - Londres, 2022)**



Doctorado en Sociología, University of Essex, Junio 2021

Fotografía: Susanna Rance

“Quiero lograr que esta gente se comunique entre sí” me dijo Amaru en La Paz, justo antes de las cuestionadas elecciones de octubre 2019. Fue cuando la polarización era palpable. Colegas, amigas y amigos, muchos de los cuales conocía desde hacía décadas, estaban divididos sobre si el gobierno del MAS bajo Evo Morales era lo mejor que le había pasado a Bolivia o una dictadura inminente (o real). En un contexto de clase media y media alta que tendía a inclinarse en contra del MAS, los pocos que percibíamos y buscábamos un término medio a menudo luchábamos por encontrar un espacio en el que pudiéramos sentirnos seguros para expresar lo que veíamos.

Miré a Amaru con bastante incredulidad después de oír su propuesta. Parecía una tontería en el mejor de los casos. Pero logró que lo increíble sucediera. Aunque asociado al MAS por su trabajo en el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la Vicepresidencia, utilizó el trampolín de su nuevo trabajo en la Friedrich Ebert Stiftung para reunir, en una misma sala, a intelectuales y académicos, muchos amigos y conocidos desde la infancia. Con la ayuda de voces nuevas y jóvenes, cuyos orígenes se extendían por todo el espectro de la sociedad paceña, hábilmente facilitó la discusión entre las profundas divisiones que claramente estaban derrotando —y continuarán desafiando— a muchos de nosotros. Fue extraordinario. El buen humor, la simpatía, el espíritu acogedor de este joven que había crecido en las calles de la Avenida Buenos Aires, pero que había estudiado en las escuelas de la rica Zona Sur y luego en las Universidades de Oxford y Essex, que era boliviano pero también británico —con un pie dentro y un pie fuera— lograron forjar un espacio único.

Esa fue la primera vez que me di cuenta hasta qué punto el niño juguetero que conocí desde que su madre y yo estábamos embarazadas en las turbulentas calles de La Paz en 1985, se había convertido en un joven inteligente y amable. No sería la última. Justo antes de que se enfermara en 2019, el profundo amor que compartíamos por Bolivia —él, como hijo de esa Pacha; yo, como alguien a quien Bolivia atrapó muy temprano y con fuerza—, nos llevó a largas conversaciones sobre cómo superar de manera efectiva las complejidades de lo que había sucedido con la caída de Evo, y cómo el proceso antidemocrático posterior a su postulación inconstitucional amenazó el frágil futuro político del país.

Durante los casi tres años que vivió con cáncer cerebral, Amaru mostró un coraje asombroso para un joven que se enfrenta a una muerte prematura. La ira y la rabia que algunos de nosotros pudimos haber sentido por la desmesura de todo esto fueron reemplazadas por un vaso medio lleno (en

lugar de un vaso medio vacío) de entendimiento de la vida. Amaru decidió disfrutar todo lo que le quedaba, y lo hizo con gracia, indefectiblemente, a veces con ironía, humor y aprecio por la ayuda y amor de quienes lo rodeaban. Hasta el final estuvo agradeciendo a todos —por mover su silla de ruedas o por traerle algo que ya no podía conseguir por sí mismo. No podría haber hecho todo esto sin el apoyo incansable de su madre, mi querida amiga Susanna Rance, su entrañable compañera Mila Araoz y su hermana Nina Villanueva Rance. Incluso cuando su habla se vio marcadamente afectada por la enfermedad, participó en conversaciones a su alrededor, a menudo con su característica visión que contribuyó a nuestra comprensión de la vida y la muerte.

Sus colegas de [Bolivian Express](#), la revista en inglés con sede en La Paz que él fundó, describieron a Amaru como “mago, tertuliano, creador de mundos, sabio en cuerpo de niño. Cuenta cuentos, amigo entrañable de las raíces y las calles que lo vieron crecer, querido por tod@s, el Presidente que todos hubiéramos querido tener... Puente conector, brillante en todas sus direcciones. Conciliador, vínculo, todos los planes tan grandes y tú hacías el camino tan ligero”. Esta acertada visión refleja tanto la alegría de haberlo conocido como el costo, para todxs nosotrxs, de haberlo perdido tan joven.

Es desgarrador para mí escribir un obituario para Amaru, ya que él escribió posiblemente el mejor (para *Página Siete*) cuando Ben, mi amado compañero y padre de los amigos de infancia de Amaru, mis hijos Minka y Anamaya, murió repentinamente en 2013. Escribir esto me recuerda la fragilidad de la vida, la necesidad de vivir como lo hizo Amaru, plena y vibrantemente, con el compromiso de dejar tu pequeño rincón del mundo convertido en un lugar mejor al que encontre, y sin miedo de abrazar la compleja danza humana en la que todos estamos atrapados. Y sin embargo, nunca tomar nada demasiado en serio. ¡Jallalla Amaru Villanueva Rance! Tu ejemplo, tu valentía, tu generosidad, marcarán el resto de mi vida y la de quienes tuvieron la suerte de haber sido tocados por ti.

Linda Farthing
Investigadora Independiente
Traducción: Elizabeth Monasterios

In Honor of Amaru Villanueva Rance (La Paz, 1985 - London, 2022)

“I want to get these people to talk to each other,” Amaru told me in La Paz just before the challenged October 2019 elections. It was when the polarization was palpable. Colleagues and friends, many of whom I had known for decades, were split around whether the MAS government under Evo Morales was the best thing that had ever happened to Bolivia or an impending (or actual) dictatorship. The few of us who saw and sought some kind of middle ground often struggled, in a middle and upper middle-class context that tended to lean against the MAS, to find a place where we felt safe to express what we saw.

I looked at Amaru rather incredulously when he said this. It seemed a fool’s errand at best. But he did it. Although associated with the MAS because of his work at the Centro de Investigaciones Sociales of the Vice Presidencia, he used the springboard of his new job at Friedrich Ebert Stiftung to bring these intellectuals and academics, many friends and acquaintances since childhood, into the same room. With the help of new and younger voices whose origins stretched across the spectrum of La Paz society, he skillfully enabled discussion across the deep divide that clearly was defeating —and would continue to challenge —many of us. It was remarkable. The good humour, friendliness, welcoming spirit of this young man who had grown up along the market streets of the Avenida Buenos Aires but gone to schools in the affluent Zona Sur, and then later to the Universities of Oxford and Essex, who was Bolivian but also British —one foot in and one foot out— managed to forge a unique space.

That was the first time that I realized the extent that the playful little boy I had known since his mum and I were pregnant together in the turbulent streets of La Paz in 1985, had grown into an intelligent and kind young man. It wouldn’t be the last. Just before he got ill in 2019, our shared deep love for Bolivia —he as a child of that *Pacha*, me as one who got the Bolivia bug early and strong, led us to long conversations about how to effectively get across the complexities of what had happened with Evo’s downfall, and how the undemocratic process after his unconstitutional standing for office threatened the country’s fragile political future.

During the almost three years of living with brain cancer that followed, Amaru showed amazing courage for a young man facing an early death. The anger and rage that some of us might have felt about the unfairness of it all were replaced with a glass half full, rather than glass half empty view of life. He determined to enjoy everything he had left —and he did this with grace, unflinching, sometimes gallows, humour and appreciation for the assistance and love from those around him. Up until the very end, he was thanking everyone —for moving his wheelchair, for bringing him something he could no longer get for himself. He could not have done it without the unflinching support of his mother, my dear friend Susanna Rance, his close companion Mila Araoz and his sister Nina Villanueva Rance. Even when his speech was markedly affected by the disease, he participated in the conversations around him — often with a characteristic insight that contributed to all of our understanding of life and death.

His colleagues at the [Bolivian Express](#), the La Paz-based English language magazine he founded, described Amaru as a: “magician, social butterfly, creator of worlds, sage in the body of a child. A teller of tales, close to the roots and the streets that saw him grow up, loved by everyone, the President that we all would have liked to have... Connecting bridge, conciliator... link and inspiration. Despite all the big plans, you made the road such a light one.” This apt view reflects both the joy of knowing him and the cost to all of us in losing him so young.

It is heartrending for me to write an obituary for Amaru as he wrote arguably the best one (for *Página Siete*) when Ben, my beloved partner and father to Amaru’s childhood friends, my children Minka and Anamaya, died suddenly in 2013. Writing this reminds me of the fragility of life, of the need to live as Amaru did, fully and vibrantly, committed to leave your tiny corner of the world a better place than the way you found it, and unafraid to embrace the complex human dance we are all caught in. Yet never taking any of it too seriously. ¡Jallalla Amaru Villanueva Rance! Your example, your courage, your generosity, will shape the rest of my life and that of the others lucky enough to have been touched by you. por ti.

Linda Farthing
Independent Scholar



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This journal is published by the [University Library System](#) of the [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#), and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).